



El pan partido y la “teleiosis” sacerdotal de Cristo

José CERVANTES GABARRÓN

Instituto Teológico San Fulgencio. Murcia

Resumen: El artículo presenta el trabajo correspondiente a la conferencia inaugural que su autor impartió en el V Congreso Eucarístico Nacional de Bolivia, celebrado en el mes de Septiembre del año 2015 en la ciudad de Tarija (Bolivia). En él se muestra la enorme significación del gesto primordial eucarístico de Jesús, el “partir el pan” en todas las versiones de la Institución Eucarística del NT y de su eco en las demás referencias eucarísticas del NT. A través del estudio se presenta el dinamismo eucarístico del Cuerpo de Cristo desde la gran riqueza teológica de la pluralidad de los textos, que invitan a una profundización en la fuerza expresiva, espiritual y sacramental de la Eucaristía, vinculada a la “teleiosis” sacerdotal de Cristo, es decir, a su transformación y consagración sacerdotal. Finalmente se muestra también la dimensión eclesial y misionera de la “fracción del pan”, con una proyección social, de alcance universal.

Palabras claves: Pan partido, Eucaristía, teleiosis.

Summary: This article tackles the labour corresponding to the opening conference that its author imparted during the V Bolivian National Eucharistic Congress, which was performed on September 2015 in Tarija (Bolivia). There, the huge significance of the essential Eucharistic sign of Jesus, the “breaking of bread” in all the versions of the Eucharistic Institution of the NT and its echo in the other Eucharistic references of the NT is shown. Through this study, the Eucharistic dynamism of the Body of Christ is presented from the

great theological wealth of the multiplicity of texts that invite to a deepening of the expressive, spiritual and sacramental power of the Eucharist. That is linked to the priestly “teleiosis” of Christ that means His transformation and priestly consecration. Finally, the ecclesiastical and missionary dimension of the “breaking of bread” is also shown with a social effect that shall have universal significance.

Keywords: Broken Bread, Eucharistic, teleiosis.

INTRODUCCIÓN

Con la gran alegría de participar en la gran fiesta de la Eucaristía que es, sin duda, este V Congreso Eucarístico Nacional de Bolivia quisiera empezar mi reflexión sobre el Pan partido en el tono de alegría entusiasta con que la Iglesia ha vivido la historia de la comunión con este pan vivo que es el Señor Jesús en la Eucaristía. Antes de entrar en la exposición invito a disfrutar de un canto eucarístico secular, cuyo autor es del s. XIII, Santo Tomás de Aquino, cuya música es del s. XIX, de Cesar Frank, y está dirigido por André Rieu, con la espléndida voz de Mirusia¹:

Latín	Castellano
Panis angelicus fit panis hominum; Dat panis coelicus Figuris terminum: O res mirabilis! Manducat Dominum Pauper, servus, et humilis.	El pan angelical se convierte en pan de los hombres; El pan del cielo pone fin a las antiguas figuras: ¡Oh, realidad admirable! Del Señor se alimenta el pobre, el siervo y el humilde.

“Pan partido para la vida del mundo”. Con estas palabras ha tenido a bien la Conferencia Episcopal Boliviana dar título a este Congreso Eucarístico. Ese mensaje está formulado así en *Sacramentum Caritatis* 88 de Benedicto XVI. Con este mismo subtítulo encabeza la tercera sección de la 3^a parte de la encíclica dedicada a la Eucaristía, misterio que se ha de ofrecer al mundo².

1 Se puede ver y oír esta versión del *Panisangelicus* yendo al sitio web:
<https://www.youtube.com/watch?v=4tIsTmUOODO>

2 *Eucaristía: pan partido para la vida del mundo*: “Nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para

Bienvenidos, pues, a este congreso, conscientes de que la identidad de Cristo en la Eucaristía es el núcleo de nuestra vocación cristiana: “Pan Partido para la vida del mundo”.

El papa Francisco en la misa de inauguración de este congreso en Santa Cruz también ratificó esta vocación cristiana al decirnos en su homilía sobre el segundo relato marcano del reparto de pan entre la multitud «No es necesario excluir a nadie, no es necesario que nadie se vaya, basta de descartes, denles ustedes de comer [...] Él mismo nos da el ejemplo, nos muestra el camino. Una actitud en tres palabras, toma un poco de pan y unos peces, los bendice, los parte y entrega para que los discípulos lo compartan con los demás. Y este es el camino del milagro. Ciertamente no es magia o idolatría. Jesús, por medio de estas tres acciones logra transformar una lógica del descarte, en una lógica de comunión, en una lógica de comunidad».

En esta primera conferencia intentaré mostrar la enorme significación del gesto primordial eucarístico de Jesús, el “partir el pan” en todas las versiones de la Institución Eucarística del NT y de su eco en las demás referencias eucarísticas del NT: En el reparto de pan entre la multitud (Mc 6,30-44; Mt 14,13-21; Mc 8,1-10; Mt 15,32-39; Lc 9,11-17; Jn 6,1-15), en el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24,30.35) y en el sumario de Hechos de los Apóstoles sobre la Fracción del pan (Hch 2,42.46).

Con esta perspectiva eclesial presentaremos en esta conferencia el dinamismo eucarístico del Cuerpo de Cristo desde las tradiciones antiquísimas del Nuevo Testamento acerca de la Cena del Señor mostrando la gran riqueza teológica de la pluralidad de los textos, que invitan a una profundización en la fuerza expresiva, espiritual y sacramental de la Eucaristía, así como a una vivencia eclesial y misionera de la misma, con un horizonte indiscutiblemente social y de alcance universal.

1. LOS RELATOS DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA: LECTURA COMPARADA

La Eucaristía constituye uno de los misterios más antiguos e importantes de la tradición viva de la Iglesia. Su origen se remonta a la Cena del Señor

todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse «pan partido» para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno. Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos a comprometerse en primera persona: «dadles vosotros de comer» (Mt 14,16). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo*.

en la víspera de su pasión y muerte. De ello tenemos testimonios múltiples en el Nuevo Testamento. Destacan especialmente los relatos bíblicos de aquella última cena que contienen los gestos y las palabras de Jesús sobre el pan y la copa. Los cuatro testimonios de que disponemos en los tres primeros evangelios y en la primera carta a los corintios reflejan al menos dos corrientes de la tradición primitiva de la Iglesia, una de Antioquía de Siria, recogida en 1 Cor 11,23-26 y Lc 22,15-20, y otra, de origen palestinese, transmitida por Mc 14,22-25 y Mt 26,26-29. En las palabras rituales de la consagración de los dones de la misa la liturgia eucarística católica actual reproduce, como conmemoración del Señor Jesús, una síntesis armónica de dichas tradiciones.

Entre los textos eucarísticos del Nuevo Testamento destacan los relatos de la institución que se encuentran en *Mt 26,26-29*; *Mc 14,22-25*; *Lc 22,15-20*; *1Cor 11,23-26*, y cuya disposición sinóptica presentamos a continuación, tomando el texto castellano de las páginas 388-389 de mi libro de la *Sinopsis Bilingüe de los tres primeros evangelios*³:

3 Cf. J. CERVANTES, *Sinopsis Bilingüe de los tres primeros evangelios con los paralelos del Evangelio de Juan*, Estella, Verbo Divino, 2004, pp. 388-389.

Mt 26, 26-29

²⁶ Y, estando ellos comiendo, tomando Jesús pan y bendiciéndolo, (lo) partió y, dándolo a los discípulos, dijo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo.

²⁷ Y tomando una copa y dando gracias, se (la) dio diciendo: Bebed de ella todos, ²⁸ pues ésta es mi *sangre de la Alianza*^a, que es derramada por ^{*} muchos para perdón de los pecados.

²⁹ Y os digo (que) no beberé desde ahora de este producto de la vid hasta el día aquel, cuando lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre.

a Cf. **Éx 24, 8**

Mc 14, 22-25

²² Y, estando ellos comiendo, tomando pan, bendiciéndolo, (lo) partió y se (lo) dio y dijo: Tomad, esto es mi cuerpo.

²³ Y tomando una copa, dando gracias, se (la) dio y bebieron de ella todos. ²⁴ Y les dijo: Ésta es mi *sangre de la Alianza*^b, que es derramada por muchos.

²⁵ De veras os digo, que ya no beberé del producto de la vid hasta el día aquel, cuando lo beba, nuevo, en el Reino de Dios.

b Cf. **Éx 24, 8**

Lc 22, 15-20

¹⁵ Y les dijo: Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de sufrir yo; ¹⁶ pues os digo que ya no la comeré hasta que se cumpla en el Reino de Dios. ¹⁷ Y, recibiendo una copa, dando gracias, dijo: Tomad esto y repartiéndolo entre vosotros. ¹⁸ Pues os digo [que] no beberé desde ahora del producto de la vid hasta que el Reino de Dios venga.

¹⁹ Y tomando pan, dando gracias, (lo) partió y se (lo) dio diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros se entrega. Haced esto en mi memoria. ²⁰ Y la copa lo mismo después de cenar,

diciendo: Esta copa (es) la *Nueva Alianza*^c en mi sangre, que es derramada por vosotros. ...\\

¹⁸ Pues os digo [que] no beberé desde ahora del producto de la vid hasta que el Reino de Dios venga.

c Cf. **Jr 31, 31** (LXX: **38, 31**)

1 Cor 11, 23-26

11 ²³ El Señor Jesús, en la noche en que era entregado,

tomó pan ²⁴ y, dando gracias, (lo) partió y dijo: Esto mío es el cuerpo por vosotros. Haced esto en mi memoria. ²⁵ Y lo mismo la copa después de cenar,

diciendo: Esta copa es la *Nueva Alianza*^d en mi sangre.

Haced esto, cuantas veces bebáis, en mi memoria. ²⁶ Pues cuantas veces comáis este pan y la copa bebáis, la muerte del Señor anunciáis

hasta que venga.

d Cf. **Jr 31, 31** (LXX: **38, 31**)

La comparación sinóptica de los textos permite reconocer ante todo el dinamismo de la tradición viva de las primitivas comunidades cristianas en la transmisión de los hechos de la última cena de Jesús con los discípulos, en la progresiva reelaboración, diversificación e interpretación de dicha tradición hasta llegar a las cuatro versiones de que disponemos en el Nuevo Testamento. Presentar al detalle el rico proceso de formación de los relatos excede las posibilidades de esta conferencia, pero nos merece la pena, por lo menos, destacar los siguientes aspectos del análisis sinóptico:

- a) La tradición de los cuatro textos neotestamentarios tiene en común:
- Tomar pan
 - (lo) partió,
 - decir: Esto es mi cuerpo
 - Y... copa
 - decir: Ésta... la Alianza... mi sangre.
- b) La tradición de los evangelios sinópticos tiene en común, además, lo destacado en negrita:
- Tomando pan
 - (lo) partió, **dárselo a ellos** decir: Esto es mi cuerpo
 - Y... copa
 - decir: Ésta... la Alianza... mi sangre.
 - **que es derramada por ...**
 - **Os digo, que no beberé del producto de la vid hasta el Reino** (de Dios).
- c) Se pueden apreciar dos líneas de interpretaciones diferentes en los textos: Una, la de Pablo-Lucas, otra, la de Marcos-Mateo. De la primera, denominada Antioquena, resaltamos en negrita los siguientes elementos comunes a los dos en el texto de Pablo (1 Cor, 11,23-26):

²³ El Señor Jesús, en la noche en que era entregado, tomó pan ²⁴ y, **dando gracias**, (lo) partió y dijo: Esto mío es el cuerpo **por vosotros**.

Haced esto en mi memoria.

²⁵ Y **lo mismo la copa después de cenar**, diciendo: Esta copa es la *Nueva Alianza* **en** mi sangre. Haced esto, cuantas veces bebáis, en mi memoria.

²⁶ Pues cuantas veces comáis este pan y la copa bebáis, la muerte del Señor anunciáis hasta **que venga**.

- d) En la segunda, la de Marcos-Mateo, llamada marcana, destacamos las siguientes características comunes a ambos, a partir del texto de Marcos (Mc 14, 22-25):

²² **Y, estando ellos comiendo,** tomando pan,
bendiciéndolo), (lo) partió y se (lo) dio y dijo:
Tomad, esto es mi cuerpo.

²³ **Y tomando una copa, dando gracias, se (la) dio**
y bebieron de ella todos.

²⁴ Y les dijo:

Ésta es mi sangre **de la Alianza** que es derramada por **muchos.**

²⁵ De veras os digo, que ya no beberé
del producto de la vid hasta **el día aquel,**
cuando lo beba, nuevo,
en el Reino de Dios.

- e) Lo propio de Pablo sobre la tradición antioquena es lo siguiente (1 Cor 11,23-26):

²³ **El Señor Jesús, en la noche en que era entregado,**
tomó pan ²⁴ y, dando gracias, (lo) partió y dijo:
Esto **mío** es el cuerpo por vosotros.
Haced esto en mi memoria.

²⁵ Y lo mismo la copa después de cenar, diciendo:
Esta copa es la *Nueva Alianza* en mi sangre.

Haced esto, cuantas veces bebáis, en mi memoria.

²⁶ **Pues cuantas veces comáis este pan y la copa bebáis,**
la muerte del Señor anunciáis hasta que venga.

- f) Lo propio de Lc 22, 15-20 aparece destacado sobre el texto antioqueno y sobre el texto común de los evangelios:

¹⁵ **Y les dijo:**

Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de sufrir yo;

¹⁶ **pues os digo que ya no la comeré hasta que se cumpla en el Reino de Dios.**

¹⁷ **Y, recibiendo una copa, dando gracias, dijo:**
Tomad esto y repartidlo entre vosotros.

¹⁸ **Pues os digo [que] no beberé desde ahora del producto de la vid hasta que el Reino de Dios venga.**

19 Y tomando pan, dando gracias, (lo) partió y se (lo) dio diciendo:
Esto es mi cuerpo, **que** por vosotros **se entrega** (Is 53,12)
Haced esto en mi memoria.

20 Y la copa lo mismo después de cenar, diciendo:
Esta copa (es) la Nueva Alianza (Jr 31,31ss)
en mi sangre, que es derramada por **vosotros**.

g) Lo propio de Mc 14, 22-25, sobre el texto de la tradición marcana, aparece destacado en negrita:

22 Y, estando ellos comiendo, tomando pan,
bendiciéndolo), (lo) partió y
se (lo) dio y dijo:

Tomad, esto es mi cuerpo.

23 Y tomando una copa, dando gracias, se (la) dio
y bebieron de ella todos.

24 **Y les** dijo:

Ésta es mi *sangre de la Alianza* (cf. Éx 24, 8)
que es derramada por muchos.

25 **De veras** os digo, que **ya** no beberé
del producto de la vid hasta el día aquel,
cuando lo beba, nuevo,
en el Reino de Dios.

h) Lo propio de Mt 26, 26-29, sobre el texto de la tradición marcana, aparece destacado en negrita:

26 **Y**, estando ellos comiendo, tomando **Jesús** pan y
bendiciéndolo), (lo) partió y,
dándolo) a los discípulos, dijo:

Tomad, **comed**, esto es mi cuerpo.

27 Y tomando una copa **y** dando gracias, se (la) dio diciendo:
Bebed de ella todos,

28 **pues** ésta es mi *sangre de la Alianza* (cf. Éx 24, 8)
que es derramada **por*** muchos
para perdón de los pecados.

29 **Y** os digo (que) no beberé **desde ahora**
de **este** producto de la vid hasta el día aquel,
cuando lo beba **con vosotros**, nuevo,
en el Reino de **mi Padre**.

2. CONCENTRACIÓN DE LOS RELATOS EN EL “PAN PARTIDO”: JESÚS “PARTIÓ EL PAN”

Los gestos y las palabras sobre el pan y la copa están contenidos en los relatos bíblicos de la última cena. Junto a esa rica y hermosa pluralidad eclesial plasmada en los textos mencionados, que, por su carácter litúrgico, tenderían a ser hieráticos y uniformes, es de resaltar uno de los aspectos comunes en la tradición múltiple: los gestos y las palabras de Jesús sobre el pan. La convergencia de todas las versiones neotestamentarias permite reconocer como gesto unánime de Jesús que él “partió el pan” que había tomado y lo acompañó con las palabras: “Esto es mi cuerpo”. La relevancia del gesto de “partir” (verbo griego κλάω) parece evidente y es precisamente lo que me propongo resaltar en esta ponencia⁸.

a. Morfología de afinidad total en el hecho de que Jesús “partió el pan”

Hay cuatro gestos eucarísticos sobre el pan en los relatos de la institución de la Eucaristía: *tomar*, *bendecir* (*dar gracias*), *partir* y *dar*. A esos gestos hay que añadir las palabras que los interpretan, “*Esto es mi cuerpo*”, presentes en todas las versiones, aunque con un matiz específico en el texto de Pablo.

De todas las acciones realizadas con el pan destaca la de “*partir*” el pan pues las cuatro versiones en griego del relato de la institución coinciden en la utilización del mismo verbo griego κλάω (*partir*) y de la misma forma verbal en aoristo indicativo: ἔκλασεν (“*partió*”). Esta afinidad morfológica entre las cuatro narraciones neo-testamentarias respecto al verbo “*partió*” no se da con ninguno de los otros gestos eucarísticos, cuyos verbos o formas verbales son diferentes: (tomó/tomando, dando gracias/bendiciendo, dando/dio). Por ello la afirmación de que Jesús “*partió*” el pan, presente en todos los relatos, se convierte en la acción fundamental y en el verbo principal si comparamos los cuatro testimonios.

Para valorar la importancia de este gesto eucarístico contenido en el hecho de que Jesús “*partió*” el pan es necesario recurrir a los textos bíblicos griegos originales y atender a sus características morfosintácticas, tal como se refleja en la traducción sinóptica de las páginas anteriores. Esto no se percibe si analizamos sólo las palabras de las diferentes plegarias eucarísticas de nuestra

8 No se entiende bien cómo en el TWNT, III, 735, nota 62, J. BEHM, en la voz correspondiente del verbo κλάω puede decir que el hecho de que el pan sea partido no es un elemento esencial, y que es difícil pensar que el partir el pan pueda contribuir a clarificar un nuevo concepto importante, tratándose de una acción habitual y de segunda importancia.

liturgia actual, pues en todas ellas hay una afinidad verbal también en el uso de los verbos “tomó” y “dio”. En las palabras relativas a la oración de bendición y acción de gracias se mantiene la diferencia de matices en las expresiones dobles de “dando gracias te bendijo” (Plegarias I y III), y en las simples de “dándote gracias” (Plegaria II) y “te bendijo” (Plegaria IV).

b. Preeminencia sintáctica de la forma verbal “partió”, entre todos los gestos eucarísticos

La redacción de la institución en los textos de los evangelios sinópticos permite destacar la preeminencia sintáctica de la acción de “partir el pan” por parte de Jesús. También en este punto es preciso tener en cuenta los textos bíblicos griegos y fijarnos en sus características morfosintácticas mostradas en nuestra propia traducción sinóptica anteriormente expuesta.

Sólo así podemos percatarnos de la principalidad de la construcción sintáctica que realza el verbo “partió” en todas las versiones sinópticas. Tal como hemos visto anteriormente la tradición de los evangelios sinópticos tiene en común: “*Tomando pan, bendiciéndolo (Lc: dando gracias) lo partió*”. Efectivamente los evangelios han subordinado las acciones de tomar y bendecir (dar gracias) a la de “partir”, pues éste es el verbo principal de la oración compuesta, en la que los participios griegos, traducidos como gerundios en castellano (tomando, bendiciendo-dando gracias), resaltan la subordinación relativa de dichas acciones a la acción crucial de que Jesús “*partió el pan*”, con el verbo en forma finita de aoristo (el indefinido de la gramática antigua española, mal denominado ahora, en mi opinión, pretérito perfecto simple): ἔκλασεν (“*partió*”).

Tampoco podemos percibir esto si nos fijamos sólo en las palabras de las diferentes plegarias eucarísticas de nuestra liturgia actual, pues en todas ellas hay una homologación de tiempos verbales en el uso de los verbos “tomó” y “dio”, con lo cual se equiparan sintácticamente esas acciones a la de “partió”. Ello va en detrimento de la preeminencia de la acción de “partir el pan”, según las narraciones del Nuevo Testamento. En las palabras relativas a la oración de bendición y acción de gracias se mantiene esa homologación de tiempo verbal en las plegarias que contienen el verbo bendecir (“bendijo”), dejándolo como verbo único de oración (Plegaria IV) o subordinándole también el verbo “dar gracias” (“dando gracias te bendijo”, en las Plegarias I y III).

Sólo en la Plegaria II se mantiene la subordinación originaria del “dándote gracias” (Plegaria II) a la acción sintácticamente principal de “partió”, tal como está en los relatos bíblicos de Lucas y de Pablo.

Respecto al verbo “dio” de todas nuestras plegarias eucarísticas hemos de tener presente que es un verbo que no está presente en la versión paulina de 1 Cor 11,23 y que en el texto de Mt 26,26 aparece en forma subordinada en ese caso al verbo “decir” (“y, dándolo a los discípulos, dijo”). Por ello podemos decir que el verbo “dar” en relación con el verbo principal de los gestos eucarísticos de los relatos de la institución (“partió”) ocupa un tercer plano de importancia.

c. Singularidad del verbo “partir”, κλάω, en el Nuevo Testamento

Ya hemos dicho que el verbo griego correspondiente a “partió” es κλάω en la forma de aoristo, ἔκλασεν. Desde el punto de vista semántico su significado es “partir” en el sentido de “romper” (en otras lenguas modernas: “to break”, “brechen”, “spezzare”, “rompere”). Lo significativo del verbo griego κλάω es que siempre que se utiliza en el Nuevo Testamento es para describir la acción de “partir el pan” y no se utiliza con ningún otro complemento. Por tanto es un término escogido para esta acción con el pan, de modo que casi parecería un verbo intransitivo, pues sólo con decir “κλάω” se sabe que se trata de “partir el pan”, haciendo de un mismo pan dos o más pedazos. El verbo griego κλάω se encuentra 14 veces en el NT: Mt 14,19; Mt 15,36; Mt 26,26; Mc 8,6; Mc 8,19; Mc 14,22; Lc 22,9; Lc 24,30; Hch 2,46; Hch 20,7; Hch 20,11; Hch 27,35; 1Cor 10,16; Cor 11,24. El verbo se refiere siempre a partir el pan en los relatos del reparto del pan entre las multitudes (Mt 14,19; Mt 15,36; Mc 8,6; Mc 8,19), al relato de la institución eucarística (Mt 26,26; Mc 14,22; Lc 22,9), o a la celebración misma de la eucaristía en la iglesia primitiva (Hch 2,46; Hch 20,7; Hch 20,11; Hch 27,35; 1Cor 10,16; Cor 11,24). El gesto de “partir el pan” es esencial en los textos sinópticos de la multiplicación de los panes, pues es la acción fundamental del milagro allí narrado, como condición para que después pueda ser distribuido y comido hasta saciar a los hambrientos.

El mismo verbo griego κλάω aparece dos veces en la versión griega de los LXX del AT (Jr 16,7 y 4 Mac 9,14), de las cuales sólo la de Jr 16,7 está vinculada con el partir el pan (el verbo hebreo es פָּרַס en la expresión: “y no se repartirá pan en los velorios”). Esta formulación es afín a la de פָּרַס לֶחֶם (partir el pan) que aparece en Is 58,7 para indicar el tipo de ayuno que Dios quiere: פָּרַס לֶחֶם לְהַמְרִיבִי “parte tu pan con el hambriento”. Hay otras ocho citas del AT en su versión de los LXX con verbos derivados de κλάω, de los cuales sólo en Lam 4,4 el verbo διακλάω está asociado al reparto del pan: νήπια ἤτησαν ἄρτον ὃ διακλῶν οὐκ ἔστιν αὐτοῖς: “los niños piden pan pero no hay quien se lo reparta”. Es evidente el sentido social de amor y solidaridad

que, sobre todo en Is 58,7, tiene la expresión “partir el pan”, refiriéndose no a un culto ritual, sino a culto existencial, el cual consiste en atender al pobre que pasa hambre.

En el NT se utilizan otros verbos para expresar la idea de “romper” y “partir” con otros complementos y otros matices: *κατόγνυμι* “quebrar algo rígido” (Jn 19,31: quebrar las piernas; Mt 12,20: la caña cascada no la quebrará); *ἔκκλώω* “desgajar” (Rom 11,17: “desgajar una rama”); *θρύπτω* “desmenuzar” (véase la variante en el aparato crítico de 1 Co 11,24); *συντρίβω* “quebrar” (Mc 14,3: “quebrar el frasco”) *συνθλάω* “destrozar” (Mt 21,44).

Merece especial atención el verbo *κατακλώω* que es el mismo verbo *κλώω* compuesto con el prefijo *κατα-*, y que aparece en dos ocasiones en el NT, también vinculado sólo con el pan, en los relatos del reparto del pan en Mc 6,41 y Lc 9,16, con el significado de “trocear”, “fragmentar”, “despedazar”.

También merece la atención el término que designa los “pedazos de pan” que sobraron en los repartos de pan entre las multitudes. Siempre se dice *κλάσμα*, en plural *κλάσματα*, designa los pedazos sobrantes de los panes partidos y no requiere ni siquiera el complemento nominal relativo a los panes. Aparece nueve veces en el NT, siempre con el mismo significado.

Asimismo, el término griego “*κλάσις*”, que designa la acción de la “fracción” del pan aparece sólo dos veces en el NT (Lc 24,35 y Hch 2,42) y sólo se refiere a la “partición del pan”, lo cual lo convierte en un término técnico que, en cuanto nombre, sustantiva la acción de partir el pan, concentrando así la atención en el pan partido como gesto crucial de la referencia a la celebración de la Eucaristía en la Iglesia primitiva. Ni en los LXX ni en la literatura greco-judía encontramos una perífrasis sustantiva de la acción de partir el pan.

d. Valor del pronombre neutro τούτο en las palabras eucarísticas sobre la identidad del pan y sobre el memorial

Los gestos eucarísticos son signos que se revelan en la palabra, y a la vez las palabras iluminan los signos convirtiendo los gestos realizados con el pan y el pan mismo en manifestación sacramental, tal como canta el cántico de Santo Tomás del *Pange Lingua*: “*verbum caro panem verum verbo carnem efficit*” (La palabra hecha carne convierte con su palabra el verdadero pan en su carne). El pan que Jesús toma y bendice es experimentado como don de Dios. Pero Jesús, al partirlo, lo vincula estrechamente a su trayectoria de amor y de servicio que culminará con su muerte injusta y violenta en la cruz. No es ya sólo un pan, sino un pan al que le ocurre algo. Se trata de un pan que es don de Dios, un don agradecido y transformado en virtud de la bendición, tal como

afirmó el papa Francisco en la misa de inauguración del Congreso Eucarístico⁹, pero sobre todo es un pan partido, un pan roto, que expresa la entrega del Señor. El papa Francisco, en dicha homilía unió dos verbos, como si fueran una misma cosa, para referirse a una tercera acción, la de “*partir y entregar*”. Sobre este pan troceado es sobre el que Jesús declara las palabras: “*τοῦτό ἐστιν τὸ σῶμά μου*” “Esto es mi cuerpo”. En mi modesta opinión, siempre discutible, creo que la forma neutra del pronombre “*τοῦτό*”, “esto”, no sólo se refiere al pan, en cuyo caso se utilizaría el masculino “*έste*”, sino que se refiere al pan y también a las acciones realizadas con el mismo, entre las cuales, como hemos visto, es de destacar la de “*partir*” como acción crucial y principal. Así opina también X. Leon Dufour¹⁰. Creo que ese pan, tomado, bendecido y ya partido para la entrega, prefigura lo que será su muerte como expresión de la vida que se entrega por amor. El pan bendecido y partido es ya mucho más que pan. Es palabra que revela el amor hasta la muerte de Jesús. Es sacramento que transparenta y hace visible aquel amor. Es cuerpo que suscita en quienes lo comparten el dinamismo existencial de la entrega de la vida por el prójimo. Jesús hace de aquel momento el signo fundamental de su existencia. Su fuerza simbólica fue percibida desde el principio por sus discípulos y se convirtió en el memorial del amor sacrificial de Cristo, en anuncio de su resurrección de la muerte, en expresión de la comunión fraterna y solidaria entre los creyentes y en signo por excelencia del Reino de Dios. Este significado profundo hace de la Eucaristía cristiana un sacramento de la presencia viva de Jesús. No es, pues, una casualidad que entre las primeras denominaciones de la Eucaristía destacara en la iglesia naciente la de “la fracción del pan” (“*κλάσις*”, en Lc 24,35 y Hch 2,42).

Así pues, el pan partido está íntimamente asociado al cuerpo roto del crucificado. Es su signo visible. Por eso todo cuerpo roto de este mundo se concita en el pan eucarístico. Y toda vida humana rota por el sufrimiento forma parte del pan amasado en el dolor del cuerpo de Cristo crucificado. Cuando la comunidad cristiana expresa su veneración del pan partido debe renovar también su consagración a los cuerpos rotos por la enfermedad o por la violencia, por la injusticia social y por la desigualdad clamorosa que ha sumido en la miseria actualmente a millones de seres humanos. De lo contrario está profanando el pan eucarístico y, según las palabras de Pablo, está bebiendo su propia condena. De ahí que San Juan Pablo II, diera tanta importancia, como criterio último

9 Cfr. La homilía del papa Francisco en Santa Cruz de la Sierra en la misa de inauguración de este V Congreso Eucarístico Nacional de Bolivia, el 9 de Julio de 2015.

10 Cfr. X. LEON DUFOUR, *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1983, pp. 158-159.

de autenticidad de las celebraciones eucarísticas, al servicio a los últimos. Él pensaba en los pobres del mundo, en el hambre de millones de seres humanos, en las enfermedades que azotan al Tercer Mundo, en los ancianos, en los que no tienen trabajo y en los inmigrantes de toda la tierra¹¹.

También las palabras del memorial, la anámnesis, de la tradición antioquena tienen su prioridad en el “pan partido”, puesto que, tal como se expresan Pablo y Lucas, (principalmente Lucas que las reserva sólo para el pan), contienen el mismo pronombre de identificación del memorial con el pan partido: τοῦτο ποιείτε εἰς τὴν ἐμὴν ἀνάμνησιν: “Haced esto en mi memoria”. Es la memoria del pan partido que se entrega en favor de los suyos, para beneficio de los discípulos comensales allí presentes. Los añadidos de Lucas a las palabras “*esto es mi cuerpo*” ponen de relieve la gran trascendencia del pan partido “*entregándose*” (en presente: διδόμενον), precedido de las palabras, también paulinas, de sentido salvífico “por vosotros” (τὸ ὑπὲρ ὑμῶν διδόμενον). En Lucas el único imperativo de la narración es “haced esto” (τοῦτο ποιείτε), y se dice mientras él mismo, Jesús en persona, lo hace. Con ello entendemos que el principal de los cuatro gestos eucarísticos es el que debe ser destacado en todos los órdenes de la vida, siempre en memoria de Jesús. “Haced esto” (τοῦτο ποιείτε) es un imperativo presente, que abarca la celebración litúrgica, los gestos y palabras de la misma y la vida de entrega generosa de los discípulos a favor de los demás como está haciendo Jesús en ese momento. Todo ello tiene su centro en el “pan partido”. Por eso Benedicto XVI destacó que “la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo*.”¹²

3. SIGNIFICADO DEL “PAN PARTIDO” EN LOS RELATOS DE LA INSTITUCIÓN

a. Valor antropológico del pan

El pan en la comida mediterránea

No es una casualidad el hecho de que Jesús eligiera el pan para que se convirtiera en su cuerpo. El pan es alimento fundamental en la cultura mediterránea. El pan designa todo lo que alimenta y lo necesario para vivir. El pan se sirve en la mesa sin pedirlo. En el Deuteronomio se describe la tierra prometida mediante el pan abundante hasta la saciedad (Dt 8,9-19). El pan es don de

11 Cfr. JUAN PABLO II, *Carta “Mane Nobiscum Domine”*.

12 BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, 88.

Dios, producto de la tierra y del trabajo de los hombres. Jesús da gracias por el pan porque éste procede del amor paternal de Dios, y al mismo tiempo es el signo de la solidaridad humana necesaria para la supervivencia. En el pan, aunque muchos no lo perciban, se hace presente la comunión con Dios y la comunión con los hombres. En el pan se concitan el mandamiento del amor a Dios y el amor al prójimo. El pan se hace para ser partido y compartido. Tanto su origen como su fin es la comunión entre los hombres. El pan compartido multiplica la alegría. Pero quien come el pan egoístamente lo come indignamente (1 Cor 11,27).

Partir el pan en la comida judía

La partición del pan no tiene antecedentes en el mundo helenístico pero sí es de gran importancia en el ámbito judío. Con la fracción del pan se empezaba entre los judíos tanto la comida ordinaria como la comida de fiesta. Era como un rito que constaba de tres pasos: a) El cabeza de familia toma el pan y dice la bendición. b) Parte el pan con las manos. c) Reparte el pan entre los comensales. Así se constituía la comunidad de mesa.

Lucas ha transformado el gesto inicial de la comida judía en el nombre de celebración eucarística cristiana. Con la denominación de “fracción del pan”, si bien se designa la celebración entera de la Eucaristía, sin embargo se acentúa el aspecto del “partir el pan” y con ello la orientación social de solidaridad, de amor, de servicio y de comunión, contenidos en los términos “koinonía” y “diakonía”. Esa orientación es inherente a toda celebración de la Eucaristía como memorial del Señor Jesús muerto y resucitado. Recordemos el trasfondo de Is 58,7, que contiene la expresión “partir el pan”, refiriéndose no a un culto ritual, sino a culto existencial, que consiste en atender al pobre que pasa hambre.

Compartir el pan como comunión de vida

En el judaísmo y en los pueblos orientales la comensalidad, la comunión de mesa, es comunión de vida; acoger a una persona e invitarla a la propia mesa es una muestra de respeto, es oferta de paz, de confianza, de fraternidad y de perdón¹³. En el judaísmo además tenía un cierto carácter religioso, puesto que el comensal participaba de la bendición a Dios que el anfitrión realizaba al partir el pan. En la fracción del pan realizada por Jesús los discípulos participan de la bendición de Dios que Jesús realiza.

13 Cfr. M. GESTEIRA, *La Eucaristía misterio de comunión*, Salamanca, Sígueme, 2006, p. 24

b. Signo profético

Con M. Gesteira¹⁴ pensamos que la fracción del pan realizada por Jesús debió tener algo de original, ya que los discípulos de Emaús lo reconocen por la forma de realizar esa fracción (Lc 24,35). De la forma concreta en que se realizó dicha fracción no tenemos ningún dato más que el contenido en lo explicado acerca del verbo κλάω. “Partir” es romper al menos en dos pedazos. Y Jesús lo hizo de manera muy significativa. Probablemente las palabras añadidas al gesto explican el tipo de gesto que realizó. En ese caso tenemos que imaginar un gesto de identificación personal con la entrega por amor y la donación total de la vida hasta la ruptura de la misma, todo lo cual encuentra en la muerte su consumación total y en la resurrección su plenitud gozosa. Si todo eso se puede significar en un gesto, eso es lo que realizó Jesús. Con ello dijo lo que apenas se puede decir con palabras y por eso recurrió al gesto de la fracción. Y una vez hecho, Jesús lo acompaña con la palabra. De ese modo se refuerza el sentido profético de la acción.

Por eso la fracción del pan realizada por Jesús, acompañada de las palabras que la explican (“esto es mi cuerpo”), tiene un marcado carácter profético al estilo de las acciones proféticas realizadas por los profetas del Antiguo Testamento (Isaías 20, Jeremías 19. Por ejemplo, Jeremías rompe una jarra por encargo divino para significar en un gesto lo que se dice con las palabras y anunciar así los males que sobrevendrán sobre el pueblo). El sentido profético de los gestos eucarísticos de Jesús, entre los cuales es preeminente el de “partir el pan”, forma parte del valor profético de la vida de Jesús que, tanto en palabras como en acciones proféticas, revela el mensaje divino a través de sus intervenciones. Víctor Codina lo ha mostrado muy bien y alude a las acciones proféticas de la vida de Jesús¹⁵ de la comida con pecadores (Lc 15,1-2), el llanto sobre Jerusalén (Lc 19,41), el lavatorio de los pies (Jn 13), la intervención de Jesús en la confrontación de Jesús con el templo de Jerusalén (Mc 11,11-21). Las acciones proféticas se dan en un ambiente denso, donde las palabras son insuficientes y se hace necesario un signo, que después es explicado. En estas acciones se anuncia un futuro y se anticipa la escatología.¹⁶ Todo ello ocurre en la última cena. “El pan y el vino entregados y compartidos en el banquete fraternal simbolizan proféticamente (y por tanto son) la vida y la muerte de Jesús entregada por ellos”¹⁷. Este gesto anticipa también el banquete y la victoria escatológica que vendrá a través de la muerte.

14 Cfr. M. GESTEIRA, *o. cit.*, p. 82

15 Cfr. VÍCTOR CODINA, *La Fracción del pan*, Cochabamba, Verbo Divino, 2002, p. 54)

16 Cf. *Ibidem*.

17 *Idem*, p. 55.

En el partir el pan se realiza aquello que Lucas ha destacado como ningún otro en sus palabras, que Jesús entrega su cuerpo y con él su vida por la multitud, de modo que la acción profética de Jesús al partir el pan expresa, especialmente en ese signo, la vida entregada hasta la muerte como victoria sobre la misma muerte y por eso es también anuncio de resurrección, de comunión de vida y de alegría.

c. *Signo sacramental*

Siempre se ha dicho que un sacramento es como la realidad visible que significa y produce la gracia, es un signo eficaz de la gracia de Dios. Pero desde la obra, ya clásica, de E. Schillebeckx, sobre los sacramentos¹⁸, se habla más del sacramento en categorías de encuentro interpersonal, a partir del cual podemos entender que el sacramento no es que produzca la gracia sino que produce un encuentro con Dios en gracia y amistad¹⁹. Con el famoso libro de L. Boff, *Los sacramentos de la vida*, aprendimos que toda la realidad es sacramental y que el mundo del símbolo es el mundo más real del hombre y una de las mejores formas de comunicarnos los humanos, que el mundo material es sacramento de una presencia real y misteriosa que nos envuelve, el misterio mismo de Dios, hecho presente en la sacramentalidad de la creación. El símbolo no es sinónimo de irreal o ilusorio sino lo más real de nuestro mundo. En el símbolo como en los sacramentos, un mundo visible nos remite y hace transparente la realidad invisible y trascendente del misterio más profundo de la persona y el mundo, pero ambas son reales. El símbolo pertenece al orden del reconocimiento y produce el orden simbólico que representa.

El pan, además del cáliz que contiene el producto de la vid, es el símbolo, antropológico y universal, de la comunión, de la vida compartida, del agradecimiento a Dios, de la acogida del otro, de la bendición de Dios, pero la acción de la *fracción del pan* hace de ese mismo pan un signo revelador y elocuente, de carácter profético, que, acompañado por las palabras de Jesús, revela un sentido nuevo, singular y específico.

Partir el pan es un signo sacramental que manifiesta que toda la persona y la vida de Jesús, su cuerpo y su sangre, tienen sentido en el amor de la entrega total de la vida hasta la muerte. La plenitud de vida en el amor que será sellada con la resurrección se hace patente ya en el signo sacramental del misterio admirable que nos dejó Jesús en el memorial de su Pasión. Cuando decimos en la oración de la Misa Eucarística estas palabras (“En este sacra-

18 E. SCHILLEBECKX, *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, San Sebastián, 1969.

19 M. DÍAZ MATEOS, *El sacramento del pan*, Perú, 1995.

mento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión...) estamos haciendo con razón referencia al aspecto esencial de la conmemoración eucarística.

4. TRASCENDENCIA TEOLÓGICA DEL SIGNO DEL “PAN PARTIDO”: MISTERIO DE FE

Pablo VI publicó en 1965 la encíclica sobre la Eucaristía, titulada *Mysterium Fidei*: “El misterio de fe, es decir, el inefable don de la Eucaristía, que la Iglesia católica ha recibido de Cristo, su Esposo, como prenda de su inmenso amor, lo ha guardado siempre religiosamente como el tesoro más precioso, y el Concilio Ecuménico Vaticano II le ha tributado una nueva y solemnísimas profesión de fe y culto [...] El Misterio Eucarístico es como el corazón y el centro de la Sagrada Liturgia, por ser la fuente de la vida que nos purifica y nos fortalece” (MF 1). La comprensión de la Eucaristía como misterio de la fe ha sido especialmente destacada en el Concilio Vaticano II al considerarla como la cumbre y la fuente de toda la vida cristiana, de los sacramentos y de la misión de Iglesia: «En la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo que con su carne vivificada y vivificante por la fuerza del Espíritu Santo, da la vida a los hombres, que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con El. Por lo cual, la Eucaristía aparece como la fuente y cima de toda la evangelización» (PO 5).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* recoge esta trascendencia de la Eucaristía. Así, por ej., en el n. 1324 afirma la doctrina conciliar diciendo: “La Eucaristía es “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (LG 11). “Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua” (PO 5).”. Y también manifiesta que “la Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe” (CIC 1327). El Catecismo subraya el protagonismo de Cristo en las acciones y palabras eucarísticas cuando dice: ““Sentado a la derecha del Padre” y derramando el Espíritu Santo sobre su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo actúa ahora por medio de los sacramentos, instituidos por Él para comunicar su gracia. Los sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. Realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo” (CIC 1084).

Esta centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia queda reflejada también en la encíclica de Juan Pablo II, publicada en 1999, *Ecclesia de Eucharistia*, que, citando el Concilio Vaticano II (SC 10), dice: “El sacrificio

eucarístico es «fuente y cima de toda la vida cristiana» (EE 1). Más adelante y en la misma orientación de la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* (cf. SC 47) se concentra en la relación entre la Eucaristía y el misterio pascual como centro de la Iglesia: “Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida eclesial” (EE 3). Y después, al explicar el misterio de la fe, destaca la presencia sacramental de la pasión y muerte del Señor en la Eucaristía, cuando afirma: “en ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos” (EE 11). Además, insiste en la presencia de la resurrección de Cristo en la Eucaristía: “La Pascua de Cristo incluye, con la pasión y muerte, también su resurrección. Es lo que recuerda la aclamación del pueblo después de la consagración: «Proclamamos tu resurrección». Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía «pan de vida» (Jn 6, 35.48), «pan vivo» (Jn 6, 51)” (EE 14).

Al finalizar esa parte de la misma encíclica, Juan Pablo II evoca la fe “eucarística” de la Virgen María en los números 54 y 55 diciendo: “Repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, en cumplimiento de su mandato: « ¡Haced esto en conmemoración mía! », se convierte al mismo tiempo en aceptación de la invitación de María a obedecerle sin titubeos: « Haced lo que él os diga » (Jn 2, 5)” (EE 54); y también cuando dice: “María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor” (EE 55).

Benedicto XVI también ha expuesto toda la doctrina sobre la Eucaristía en su exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis* (SCa 6). En ella ha ratificado lo dicho por sus predecesores y ha mostrado que la Eucaristía es el «misterio de la fe» por excelencia (SCa 6). Se puede decir que la Eucaristía es el misterio de la fe que revela sacramentalmente, como signo visible y eficaz de la gracia, lo mismo que el credo confiesa. Por eso se pueden destacar en ella las dimensiones esenciales de la fe: La dimensión cristológica y pascual, la dimensión trinitaria y de alianza, la dimensión eclesial y de comunión, la dimensión

escatológica y de esperanza. De todas ellas nos detendremos sobre todo en la primera y en la tercera por su relación directa con la acción de “partir el pan”, objeto de nuestro estudio.

a. *Trascendencia Cristológica en el Misterio Pascual: La fracción del pan es Teleiosis*

La acción de “partir el pan” realizada por Jesús en la última cena hace transparente, con el signo del pan partido, la realidad trascendente de la multifacética realidad del amor de Dios, que en la persona de Cristo y de su Pasión y Resurrección conduce a todos los hombres a la vida nueva de Cristo Resucitado por la acción del mismo Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos.

En la vinculación con la Pasión hay una realidad simbólica real de trascendencia sin igual plasmada en el gesto eucarístico de partir el pan. La Pasión de Cristo no es sólo el proceso de los sucesivos sufrimientos que el Señor Jesús experimentó hasta su muerte en la cruz, sino el modo en que Jesús afrontó y vivió todo el proceso de muerte que el ser humano le propiciaba hasta llevarlo a la cruz. En ese proceso Jesús no estuvo de forma pasiva soportando los males y las injurias, sino que con la fuerza del Espíritu Santo él iba transformando el proceso de muerte en proceso de vida²⁰. Él fue el protagonista del amor con que vivió su condena y muerte en cruz. Ahí experimentaba lo que era el amor de la Pasión, sufrir por sus hermanos y por amor a sus hermanos, en una ofrenda de dolor, que fue escuchada y acogida por Dios Padre (cf. Heb 5,7-10). Era la ofrenda sacerdotal de Cristo que impulsada por el Espíritu eterno (cf. Heb 9,14) conseguía el acceso definitivo e irreversible a Dios para toda la humanidad. De este modo se consumaba el amor en la transformación de la naturaleza humana de Cristo, transformación que hizo extensiva a sus hermanos, en el sacrificio perfecto del único sumo sacerdote, Jesucristo. El Espíritu, al que Jesús se abre definitivamente en Getsemaní para hacer posible esta ofrenda en su Pasión, hace de su Pasión un verdadero sacrificio agradable a Dios, de modo que también nosotros, unidos a él, podemos hacer de la vida el mismo sacrificio espiritual, siempre por medio de Cristo (1 Pe 2,4-5). A ese proceso se le llama en la carta a los Hebreos *teleiosis* y lo ha explicado espléndidamente el Cardenal Vanhoye en su libro, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo*²¹.

Asumo y resumo aquí la explicación de Vanhoye sobre este tema. En la

20 Cf. Mi análisis de 1 Pe 3,18, en J. CERVANTES, *La Pasión de Jesucristo en la Primera carta de Pedro*, Estella, Verbo Divino, 1991, pp.181-252.

21 Cf. A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo, según el Nuevo Testamento*, Salamanca, Sígueme, 2002, pp. 176-180.

pasión, la relación entre Cristo y Dios, su Padre por una parte, y su relación con los hombres por la otra, fueron sometidas a prueba con una tremenda tensión. Sin embargo, no sólo no sucumbieron, sino antes bien, se reforzaron mutuamente. En vez de oponerse la parte de Dios contra los hombres o viceversa, Cristo une las dos fidelidades. Por amor de su Padre se ha hecho solidario con los hombres hasta la muerte. Por amor a los hombres, ha cumplido la voluntad de su Padre con toda docilidad. Por esto, en la prueba, las dos relaciones se han compenetrado la una con la otra, de tal manera que ya resulta imposible separarlas en lo sucesivo. Habiendo sido un acto de solidaridad, la muerte de Cristo no vale solamente para Él, sino también para todos aquellos hombres que aceptan su acción santificante. En sus sufrimientos Cristo ha conseguido la *teleiosis*, esto es la transformación de la naturaleza humana, no solamente para sí mismo, sino también para nosotros. Al τελειωθεις de 5,9 responde el τετελειωκεν de 10,14, es decir, Cristo «fue hallado perfecto» (5,9) y Cristo, al mismo tiempo, «ha hecho perfectos a aquellos que reciben la santificación» (10,14). En la comunicación de esta transformación de Cristo, se reconoce la realización de la nueva alianza preanunciada por Jeremías, con la inscripción de la ley de Dios en los corazones (Hb 10,15-16).

Por analogía, en la Eucaristía podemos afirmar también que esta transformación *teleiόtica* es la que se hace visible eucarísticamente en el “partir el pan”, pues se trata de una acción de Jesús que realiza una transformación espiritual en la acción material de “partir el pan”. La ruptura del pan que anuncia su muerte no es una muerte sin más, sino una muerte por amor. La dimensión de ruptura es inherente a toda muerte, puesto que ésta es ruptura de la vida y de la relación con los hermanos, ruptura de la comunión de vida y separación de los demás. Esa dimensión de ruptura se agudiza en la muerte de Cristo por tratarse de una muerte violenta e injusta, ya que se trata de un crimen y un asesinato público. Precisamente esa ruptura se hace patente y visible en la ruptura del pan eucarístico, en “el partir el pan” de Jesús, pero, al ser realizada por Jesús mismo, la muerte misma y la ruptura que ésta lleva consigo experimenta una transformación radical, pues es Jesús en persona quien la materializa y transforma el crimen de su muerte en entrega por amor que comunica vida y manifiesta la gloria de Dios y de su amor. Esa transformación hace visible el sacrificio en el sacramento eucarístico, por ello es esencial la Eucaristía como misterio de la fe.

En la Eucaristía verdaderamente se *proclama la muerte del Señor* (“τὸν θάνατον τοῦ κυρίου καταγγέλλετε”) según 1 Cor 11,26; pero no sólo la muerte, sino la muerte *del Señor*, como Señor de la vida que vence la muerte transformándola desde dentro. En la fracción del pan se realiza una acción por medio de la cual se hace visible que el crimen de la cruz se transforma

en donación de la vida por parte del Señor. La muerte de Cristo en la cruz, interpretada desde la Eucaristía no es algo que solamente realizan los hombres con él, sino una realidad de amor y de entrega total asumida por él mismo y plasmada sacramentalmente en la obra de sus manos. El crimen de la Cruz necesitaba la Eucaristía para mostrar al mundo el valor del verdadero sacrificio de Cristo. Por tanto, él, Jesús, es el protagonista del verdadero sacrificio.

Al hacerlo Él, con la fuerza del Espíritu, se trata de un signo cargado de un sentido nuevo, el de la entrega de la vida hasta la muerte y así está transformando anticipadamente lo que será su muerte. Pero lo que en la cruz sólo será ruptura en virtud de ser un crimen injusto cometido contra él, Jesús, con la fuerza del Espíritu, lo transforma en algo sagrado en virtud de su amor obediente a Dios Padre y en virtud de su amor solidario a los hombres. Esa transformación *teleiótica* de la Pasión, que implica *transformación* de la persona humana a través del sufrimiento, *consumación* de la entrega en el amor hasta el fin, *perfección* de la ofrenda al Padre y verdadera *consagración* sacerdotal por la fuerza del Espíritu Santo, hace de la pasión y muerte de Jesús y de todo el misterio pascual un auténtico *sacri-ficio*, en el sentido etimológico de la palabra, y convierte el crimen de la cruz en manifestación del amor y de la gloria de Dios. El sacrificio se hace visible en el sacramento de la Eucaristía, y por ello la Eucaristía es verdadero sacrificio de Cristo que da sentido a toda la Pasión y muerte de Jesús como donación de la vida en el amor entregado hasta el fin, que culmina con la resurrección. Estos aspectos quedan plasmados de manera prodigiosa en el *sacra-mento* admirable, memorial de su Pasión, memorial de su amor apasionado hasta la muerte, que muestra en una obra hecha por sus manos, la de partir el pan, el signo sacramental que expresa real y simbólicamente la más profunda identidad de Cristo en una acción, como manifestación de lo que es toda su vida hasta la muerte: una vida de entrega total por amor, al Padre en obediencia y a sus hermanos en misericordia solidaria, que culmina con la resurrección. P. Farnés ha destacado en la Eucaristía la presencia trascendental de la acción salvífica de Cristo en el misterio pascual como triunfo suyo sobre la muerte.²² P. Farnés subraya el hecho litúrgico que visualiza esta presencia y sostiene que en la liturgia romana en concreto, desde los tiempos del papa Sergio I, durante la fracción del pan se canta el «Cordero de Dios» que alude inequívocamente al sentido sacrificial de la Eucaristía, más en concreto del rito de romper el pan como alusivo a la muerte del Señor inmolado como Cordero de la pascua cristiana: por ello el canto del «Agnus Dei» y el rito de

²² Cf. P. FARNÉS, *Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*, Barcelona, STJ, 2007, p. 49.

la fracción se presentan como acciones correlativas y hemos de alegrarnos de que nuestro misal haya recuperado la antigua funcionalidad de este canto.

La transformación *teleiótica* es a la vez consumación, perfeccionamiento y consagración. Esa *teleiosis* sacerdotal de Cristo se hace visible como en ningún otro gesto eucarístico en el “partir el pan”. Al partir el pan se realiza la acción visible más transformadora del mismo pan, puesto que en ese gesto se hace una ruptura para una alianza, un partir para un compartir, una división para la unidad, una muerte para la vida. Al partir el pan se consume el misterio del don del cuerpo de Cristo. Un cuerpo dado para darse. Un cuerpo consumido en la pasión y consumado en el amor. Por eso es un cuerpo que comunica vida, la vida del Espíritu, la vida del Padre y del Hijo. Como se canta en el cántico eucarístico del Pange Lingua: “*Nobis datus nobis natus ex intacta Virgine [....] se dat suis manibus*”. “Nos es dado y nos ha nacido de la inmaculada Virgen Y se da a nosotros con sus propias manos”. Nos es dado por el Padre y Él mismo se da a nosotros. El cuerpo de Cristo es un don del Padre, que da la vida y nos da el cuerpo del Hijo; al mismo tiempo es un cuerpo que queda consumido en la entrega de la cruz. El Hijo se da en la Cruz y nos comunica su Espíritu. Es la paradoja del misterio pascual, de Jesús, que, muriendo y resucitando, se entrega a los discípulos y a todos nosotros, para comunicarnos a través de su muerte la vida y su Espíritu. Dice V. Vanhoye: “sin la Eucaristía, por tanto, la revelación sería incompleta y el sacrificio mismo de Jesús no desplegaría su maravillosa eficacia.”²³ Esa acción de “partir el pan”, por tanto, está expresando a Jesús muriendo y resucitando y el dinamismo espiritual de vida y amor que nace del misterio pascual.

b. La Fracción del pan, expresión de la Nueva Alianza

La tradición cristiana primitiva muestra la estrecha vinculación de la Eucaristía a la Alianza de Dios con su pueblo. Sin embargo, la diversidad de las versiones y la extrañeza de la palabra “alianza” en labios de Jesús apuntan más bien hacia dos interpretaciones de las tradiciones marcana y antioquena respectivamente. La identificación de la copa con la “sangre de la Alianza”, (Mt 26,28 y Mc 14,24) recuerda el rito de la Alianza Sinaítica en la que Dios sella un pacto con su pueblo liberado. Éste se compromete a cumplir las cláusulas de la Alianza y es rociado con la sangre de las víctimas. Pero aquella Alianza fue superada por otra anunciada también en el oráculo de la Nueva Alianza del profeta Jeremías (Jr 31,31-34), evocado en la tradición antioquena (Lc 22,20

²³ Cf. A. VANHOYE, *La llamada en la biblia en la Biblia*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1983, pp. 208-209.

y 1 Cor 11,25), cuya lectura atenta ensancha el corazón del ser humano en su búsqueda balbuceante de Dios. El Nuevo Testamento pone de manifiesto el alcance y la trascendencia de dicho texto en Hebreos 8,8-12 donde la cita del profeta Jeremías, levemente modificada, constituye la referencia más amplia del Antiguo Testamento en el Nuevo.

Así será la nueva Alianza de Dios con su pueblo: *“Oráculo del Señor: Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: Reconoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande –oráculo del Señor– cuando perdone sus crímenes y no recuerde sus pecados”*(Jr 31,33-34).

La novedad religiosa allí anunciada y el carácter abierto y universalista de la nueva Alianza supone el reconocimiento de la presencia misteriosa del Espíritu en toda persona más allá de su credo religioso pues la conciencia constituye el lugar sagrado e inviolable de todo ser humano en su cita íntima y a veces imperceptible con Dios.

Comparto plenamente la explicación del cardenal Vanhoye cuando dice que tenemos una alianza verdaderamente nueva, porque está establecida sobre un fundamento nuevo, o sea, un sacrificio de una especie totalmente nueva, un sacrificio no externo, no ritual, sino real y personal, no convencional sino existencial; espiritual y total, un sacrificio que transforma verdaderamente al hombre y lo une con Dios; por tanto, un sacrificio verdadero de alianza.

La Nueva Alianza, prometida en Jeremías, cumplida en el Nuevo Testamento y evocada en las palabras eucarísticas sobre el cáliz, es de una novedad radical y comporta otra forma de entender y vivir la religión. No se trata meramente de una religión más sino de otra concepción de la religión. La Nueva Alianza implica la sustitución del régimen religioso antiguo (*“Dat panis coelicus figuris terminum”* - cantaba el himno de Santo Tomás de Aquino, del *Panis angelicus* escuchado al principio de esta conferencia) y de las instituciones religiosas antiguas por una nueva relación personal establecida por Dios con los miembros de su pueblo y con toda la humanidad. La carta a los Hebreos hace explícita la caducidad e insuficiencia de todo santuario hecho por manos humanas, del culto exterior y repetitivo y de los sacrificios rituales y anuales. Todo ello es ineficaz porque no lleva al hombre hasta Dios, y esta valoración crítica se puede aplicar a toda manifestación religiosa puramente externa, tanto judía como cristiana.

En cambio, la Nueva Alianza, inaugurada irreversiblemente por Cristo, consiste en la participación de todo corazón humano en la misma transformación espiritual que Jesús llevó a cabo con la entrega de la propia vida, abriéndose al

Espíritu de Dios en medio del sufrimiento injusto de su pasión. Esa transformación, como hemos indicado anteriormente, se hace visible en la fracción del pan.

El perdón a toda persona y la transformación del corazón humano, experimentada y comunicada por Cristo a todo ser humano es el dinamismo del amor inscrito en el interior de cada persona y mediante el cual todos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, tenemos acceso a Dios gracias a Jesús, único mediador de la Alianza Nueva, pues cuando Él era levantado de la tierra, tiraba de todos hacia Dios. Éste es el misterio Pascual del cual la Eucaristía, la fracción del pan, es conmemoración y mediación permanente. Acerca de la nueva Alianza y la implicación que existe entre la pasión y la Eucaristía, dice A. Vanhoye que el sacrificio de Cristo significa el verdadero fundamento de una alianza nueva, pues la institución de la Eucaristía no fue solamente un rito simbólico añadido o adjunto al sacrificio del Calvario para permitir la representación del mismo, sino que la institución de la Eucaristía fue parte integrante de aquel mismo sacrificio y tenía un valor propio de acción y de revelación. Por medio de la institución Jesús se ofreció a sí mismo y fijó de esa manera el sentido de su pasión y resurrección.

Lo más específico de la obra eucarística de Jesús, el partir el pan, muestra, a través de esa acción realizada por el Señor, el carácter voluntario de la ofrenda de Jesús, la cual aparece propiamente en el gesto más común y singular de los gestos eucarísticos. Jesús tuvo la iniciativa de darse a sí mismo con sus propias manos. Este carácter personal se refleja tanto en el pan partido como en el vino. Jesús partió el pan y dio su propio Cuerpo y su Sangre. Además, las palabras sobre el cáliz en el relato antioqueno de la institución, presente en Lucas y Pablo, «este cáliz es la nueva alianza en mi sangre» revela el valor de esta oferta personal. La institución eucarística confirma la pasión en su orientación más profunda y más completa de sacrificio de alianza entre Dios y los hombres. Más aún, el gesto sacramental expresa de una manera especial la eficacia comunitaria del sacrificio de Jesús. Por medio de su sacrificio Jesús se convierte en comida y bebida para nosotros.

El sacrificio de Cristo constituye el supremo bien para nosotros los hombres, sus hermanos y hermanas, y al mismo tiempo establece la comunión más profunda con Él y a través de Él, la comunión con Dios. De la misma manera su sacrificio hace posible la comunión estrecha con las demás personas. Pues todo acto de comer tiene este sentido de comunicación interindividual, de acogida mutua y de relaciones fraternas. Esa dimensión comunitaria de la Nueva Alianza, por tanto, se hace visible particularmente en el partir el pan de cada celebración eucarística: «Pues, siendo uno sólo el pan, un solo cuerpo somos todos nosotros, porque todos participamos en ese único pan (1Cor 10,17), que es el Cuerpo de Cristo».

c. *Dimensión comunitaria del “partir el pan”: La fracción del pan es κοινωνία*

El gesto de romper el pan está orientado a vivir la unidad entre los comensales los cuales forman un solo cuerpo con el Señor. Lo específico del rito sacramental consiste en comer en una misma celebración y de un mismo pan *partido y compartido*. El gesto eucarístico cristiano, la fracción y participación del mismo pan, es de origen judío, pero en la experiencia cristiana se ha llenado de un significado nuevo. Jesús lo realizó en la institución de la Eucaristía, haciendo del mismo el culmen de la manifestación de su vida como entrega hasta la muerte para comunicar su misma vida a través de la resurrección a los discípulos. En este gesto de “partir el pan” los apóstoles vivieron el signo comunitario de la unidad de la iglesia y de la solidaridad comprometida con los pobres en un mismo cuerpo. La razón de la unidad de la Iglesia y de la prioridad de los pobres en la vida eclesial es que el pan que *partimos* nos une a todos en el Cuerpo de Cristo (1Cor 10,16-17).

En este texto de 1Cor 10,16-17, aparece el verbo “partir”(κλάω) vinculado directamente al sustantivo “comunión” (κοινωνία): “¹⁶El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión (κοινωνία) de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos (κλώμεν), ¿no es comunión (κοινωνία) del cuerpo de Cristo? ¹⁷ Porque el pan es uno, (nosotros, siendo) muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos del único pan.” La pregunta paulina es una pregunta retórica que supone ya la respuesta afirmativa. De ahí que la *fracción del pan* implique la κοινωνία. El término κοινωνία aparece diecinueve veces en el NT²⁴ y, tanto en el texto paulino acerca del sentido de la eucaristía (1Cor 10,16-17) como en el sumario de las actividades habituales de la comunidad cristiana de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2,42), constituye un paralelo de la fracción del pan. Ello indica que la κοινωνία como estilo de vida comunitario está vinculada a la fracción del pan y, como subraya el Concilio Vaticano II, tiene en ella su cumbre y su fuente, pues nace de la eucaristía. Utilizaremos en principio la palabra “comunión” para referirnos a la κοινωνία, pero sabiendo que

24 Hch 2,42

Rom 15,26

1Cor 1,9; 1Cor 10,16; 1Cor 10,16

2Cor 6,14; 2Cor 8,4; 2Cor 9,13; 2Cor 13,13

Gal 2,9

Flp 1,5; Flp 2,1; Flp 3,10

Flm 1,6

Heb 13,16

1Jn 1,3; 1Jn 1,3; 1Jn 1,6; 1Jn 1,7

debemos ampliar y profundizar el sentido de dicho concepto para ajustarlo más a la múltiple significación de la palabra griega. De la lectura atenta de todos los textos en que aparece el término *κοινωνία* podemos deducir tres significados principales: Como comunión con Dios, comunión con la Iglesia y comunión con los pobres. Todas estas manifestaciones de la *κοινωνία* tienen en el “partir el pan” eucarístico del Cuerpo de Cristo su origen y su máxima expresión.

La *κοινωνία* tiene su origen en Dios y es la estrecha e íntima Alianza con Cristo llevada a cabo por Dios (1 Cor 1,9). Es una llamada de Dios a participar en la vida de su Hijo y Señor nuestro y es la expresión de la fidelidad divina en su amor a los hombres. Es la comunión en el Espíritu Santo (2Cor 13,13; Flp 2,1) con el Padre y con el Hijo (1 Jn 1.4.6) reconocida como gracia y motivo de gran alegría en la evangelización (Flp 1,5).

La *κοινωνία* con la comunidad eclesial queda de relieve en los textos eucarísticos de Pablo y en las referencias lucanas descriptivas de la vida comunitaria. En Hch 2,42 y 1Cor 10,16, se destaca la dimensión eclesial de la *koinonía*.

Asimismo la *κοινωνία* tiene su orientación fundamental hacia los pobres. Esto es lo que reflejan los textos de la *koinonía* (*κοινωνία*) en los textos de la tradición paulina y de Hechos de los Apóstoles. Pablo ha entendido la *κοινωνία* también como compromiso hacia los más pobres de Jerusalén (cf. Rom 15,26; 1 Cor 8,4; 9,13) y esto constituyó un motivo fundamental de toda su misión evangelizadora. En Gal 2,9-10 al separarse Pablo de Pedro se dan la mano en señal de “comunión” eclesial (*κοινωνία*) pero Pablo se compromete abiertamente con Pedro a atender a los pobres. Lo mismo se refleja también en Lucas cuando recuerda que en la Iglesia nadie pasaba necesidad pues ponían sus bienes en común. A esta vida comunitaria de la Iglesia que se proyecta hacia los pobres y necesitados del mundo Pablo la denomina como *κοινωνία* (cf. Hch 2,42-44; 4,32-35).

5. SIGNIFICADO DEL “PAN PARTIDO” EN OTROS TEXTOS DEL NUEVO TESTAMENTO

a. El encuentro con el Señor Resucitado en la Fracción del pan

El texto de la aparición de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) es eminentemente eucarístico, pues el encuentro vivo con el resucitado encuentra en la fracción su momento culminante. Así lo muestra la repetición de los gestos eucarísticos sobre el pan en Lc 24,30 (tomar el pan, bendecirlo, partirlo y darlo) y la recapitulación de los mismos en lo que los discípulos cuentan a los Once en Jerusalén en Lc 24,35: “ellos relataron lo del

camino y cómo fue reconocido por ellos en la partición del pan” Lo que los discípulos de Emaús vivieron por el camino fue que experimentaron la presencia, misteriosa pero real, del Resucitado en la historia. Primero, la presencia desapercibida y sorprendente del Resucitado en el camino de la humanidad decepcionada y deprimida, que, como los discípulos de Emaús, está ya “de vuelta” y desesperanzada ante el dolor y el sufrimiento injusto de los inocentes. Singular importancia adquiere también la presencia emocionada y presentida del Resucitado en la Escritura y en la Palabra que recuerda la centralidad del misterio de la Pasión de Cristo. Finalmente, la presencia reconocida y gozosa del Resucitado se hace presente en la Eucaristía y en el misterio de comunión fraterna que de ella emana.

Los obispos de Bolivia han iluminado la realidad pastoral de nuestro país desde la lectura de este texto de los discípulos de Emaús²⁵ y han destacado la singularidad de esta presencia del Resucitado en la Eucaristía: “En Lc 24,30 quedan descritos todos los gestos eucarísticos que permiten reconocer e identificar al Jesús de la Vida, el crucificado y resucitado, como la realidad visible del Dios invisible. *Tomar el pan, bendecirlo, partirlo y darlo* son los verbos claves del dinamismo espiritual eucarístico”²⁶. ...El memorial del Señor que se entrega, de su pasión, muerte y resurrección, aquello que Jesús ha ido desvelando con su palabra, ahora se convierte en un pan que expresa lo que es el cuerpo de Jesús y lo que ha sido toda su vida hasta la muerte y resurrección: don de Dios (tomar el pan), agradecimiento al Padre (bendecirlo), amor sacrificado del Hijo (partirlo) y entrega de la vida del Espíritu (darlo) (n. 97). Los obispos aluden al lema de este congreso: La Eucaristía es “Pan partido para la vida del mundo”. Entre todos los gestos eucarísticos el de “partir” destaca en todas las versiones eucarísticas del Nuevo Testamento. Este gesto primordial revela en sí mismo la identidad profunda del crucificado y resucitado (Lc 24,35), recapitula todo su misterio y constituye el símbolo primordial de la vida de Cristo y de la Iglesia. Así se expresa todo un dinamismo espiritual de entrega de toda la persona, que está dispuesta a quedar rota, como el pan, por amor a los demás. Partiendo de la Eucaristía, este dinamismo debe orientar y conducir la transformación de las relaciones humanas y sociales hacia la vivencia cristiana de los valores evangélicos de la fraternidad y de la solidaridad (n.98).

25 CONFERENCIA EPISCOPAL BOLIVIANA, *Cristo vivo, camina con nosotros en la alegría de ser misioneros, Enfoque y Directrices, Conferencia Episcopal Boliviana, 2014 – 2018*, Cochabamba, 2014, n. 79-100, especialmente los n. 96-98.

26 *Idem, Cristo vivo ... Enfoque y directrices*, n. 96.

b. *La gran alegría de la fracción del pan en la comunidad cristiana primitiva (Hechos 2,46)*

En los textos relativos a la fracción del pan en los Hechos de los apóstoles se denomina así a la Eucaristía con el sustantivo “fracción”, κλάσις (Hch 2,42) o se alude a ella con el verbo “partir”, κλάω (Hch 2,46; Hch 20;7; Hch 20,11; Hch 27,35). En Hch 2,42 el sustantivo κλάσις que indica la acción de partir el pan forma parte de los elementos constitutivos de la comunidad de los creyentes que eran constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la vida compartida (κοινωνία), en la fracción del pan (κλάσις) y en la oración. Siendo características distintas, sin embargo, están entrelazadas. No puede darse la una al margen de la otra, por eso la fracción del pan, es decir, la eucaristía, es también vida compartida (κοινωνία), oración, y enseñanza apostólica.

De las referencias al verbo κλάω, en la primera, Hch 2,46 se indica que los creyentes partían el pan en las casas y compartían la comida con gran alegría y sencillez de corazón, (κλώντες τε κατ' οἶκον ἄρτον, μετελαμβάνον τροφῆς ἐν ἀγαλλιάσει καὶ ὀφελότητι καρδίας). El término utilizado para la alegría (ἀγαλλιάσις) indica que se trata de una alegría exultante, mesiánica, desbordante. Como O. Cullmann y M. Gesteira ponen de relieve, este tipo de alegría no se explica sólo por el mero recuerdo de la cena de Jesús, teñida de cierta tristeza por la inminencia de su muerte. “Esta alegría surge de una nueva experiencia vinculada a la presencia del Resucitado”²⁷. R. Bultmann pone en relación la alegría con la exultación escatológica²⁸. “Si las comidas prepascuales no se limitaban a ser mero anuncio del Reino, sino anticipación efectiva del perdón y la reconciliación amorosa y gratuita de Dios para los pecadores, eso mismo, ratificado por Jesús en la última cena, encuentra ahora renovado cumplimiento en los convites con el Resucitado”²⁹. Esta experiencia de comunión restablecida, de reconciliación y acogida por parte del Señor resucitado es la que fundamenta la alegría exultante de cada eucaristía. Esa gran alegría se explica por el recuerdo de la Pascua y por la esperanza del banquete mesiánico. La celebración eucarística se realiza entre las comidas con el resucitado y el banquete mesiánico y en ella participa el mismo Cristo resucitado, misteriosamente y realmente presente, que suscita la gran alegría

27 Cf. M. GESTEIRA, *La Eucaristía misterio de comunión*, Salamanca, Sígueme, 2006, p. 79.

28 R. BULTMANN, “ἀγαλλιάσις” en *TWNT I*, 19.

29 Cf. M. GESTEIRA, *La Eucaristía misterio de comunión*, Salamanca, Sígueme, 2006, p. 79

y la sencillez del corazón como una vida nueva en los creyentes. Ambas notas deberían acompañar todas nuestras celebraciones eucarísticas como encuentro con el Señor Resucitado.

c. Partir y repartir el pan, signo de la misión universal hacia los pobres

En los cuatro evangelios tenemos seis tradiciones acerca de una comida extraordinaria realizada por Jesús que debió ser memorable en la primitiva Iglesia (Mc 6,30-44; Mt 14,13-21; Mc 8,1-10; Mt 15,32-39; Lc 9,11-17; Jn 6,1-15). También allí Jesús realiza los gestos eucarísticos con el pan (tomar, bendecir, partir, dar) de modo que aquella comida se convirtió en una de las tradiciones principales acerca de la fracción del pan. La multiplicidad y diversidad de testimonios refleja la importancia de la misma en las iglesias del Nuevo Testamento.

A diferencia de los textos de la institución, aquí los gestos no van acompañados de las palabras, propiamente eucarísticas, con lo cual los textos se concentran especialmente en las acciones realizadas por Jesús, y en las que de nuevo destaca la de “partir el pan”, pues ésta es la acción que verdaderamente realiza el “milagro” admirable de que todos puedan comer y que los que comen pan partido queden saciados. Los dos verbos griegos utilizados son κλάω, “partir” (Mt 14,19; Mt 15,36; Mc 8,6; Mc 8,19), y κατακλάω, “trocear”, “fragmentar” (Mc 6,41; Lc 9,16). Además, en todas las narraciones del reparto de pan entre la multitud se cuenta que lo que sobró no fueron panes, sino pedazos de pan partido (“κλασματα”). Esto subraya la importancia significativa del hecho de partir el pan.

Con ello la comunidad expresa el dinamismo misionero que la presencia del Señor Jesús imprime en sus discípulos al implicarlos directamente en el partir el pan y repartirlo entre las multitudes hambrientas. Hoy podemos decir que el pan partido y compartido es un milagro al alcance de la humanidad y se convierte en un signo que nos da la vida, que refuerza la fraternidad y la solidaridad entre los cristianos y nos interpela sobre el hambre y la miseria que viven grandes masas de la humanidad.

Más allá del género literario de milagro y de la historicidad de los hechos narrados en los evangelios acerca del reparto organizado y solidario del pan como don y signo del Reino de Dios (Lc 9,11-17), lo esencial es la manifestación del Mesías Jesús a través de un signo y una enseñanza que hoy constituyen una auténtica alternativa al sistema social del mundo globalizado. Lo admirable no es la “multiplicación” de panes, sino el “reparto” entre los necesitados. El milagro no consiste en multiplicar sino en dividir. Lo que es

digno de admiración y rompe la lógica matemática es el pan compartido y repartido. Y este pan compartido sacia a todos. Éste es el gran milagro que la Iglesia proclama desde el Evangelio y desde la Eucaristía. Frente a la lógica diabólica del sistema económico imperante en el mundo que consiste en multiplicar y superproducir, sosteniendo el crecimiento económico como objetivo prioritario del sistema, a costa de los empobrecidos, el milagro evangélico del “pan partido” consiste en dividir y compartir. La Eucaristía es sacramento que anuncia y anticipa una nueva realidad mesiánica, proclamando la muerte de Jesús, un cuerpo roto, como dinamismo liberador en una humanidad injusta y en una sociedad consumista.

En descampado y hambrienta está también hoy la mayor parte de la humanidad, carente de las necesidades más vitales, sin pan y sin casa. Benedicto XVI recordaba en su primer discurso papal el desierto en que se encuentra la humanidad. Jesús invita a sus discípulos a realizar el milagro: «Dadles vosotros de comer». Probablemente ellos pensarían que el milagro consiste en multiplicar los alimentos, y creerían que el problema es comprar. En cambio, Jesús no compra ni multiplica, sino que parte y reparte. Jesús les muestra que, más que “comprar”, el camino a seguir es “organizarse” “partir” y compartir.

Jesús da una lección excepcional para que nosotros aprendamos a hacer el milagro y resolvamos esa cuestión que la humanidad tiene pendiente: el hambre. Bendecir el pan significa comprender que los bienes que da la tierra, en especial los que son necesarios para vivir con dignidad, no nos pertenecen, sino que son don de Dios para toda la humanidad, y si obramos en consecuencia y compartimos lo que tenemos, si organizamos nuestras relaciones económicas de acuerdo con esta convicción, si superamos así la injusticia que estructura nuestro planeta, habrá pan para todos y sobrá. Por eso el reparto de los panes adquiere su pleno significado en el reparto del pan eucarístico.

Los sistemas económicos que imperan en este mundo son injustos y se muestran cada vez más incapaces de resolver el problema de la pobreza de las dos terceras partes de la humanidad porque están basados en la idolatría del dinero, en la codicia que es el origen de todos los males, o en las ideologías del sometimiento de las personas que las convierten en esclavos domesticados del poder. La celebración de la Eucaristía, sin embargo, es la manifestación del Señor en nuestras personas y comunidades, que nos mueve a una solidaridad efectiva con los pobres a través del justo reparto del pan de la tierra para que todos puedan vivir con dignidad. El hambre y la pobreza constituyen verdaderas armas de destrucción masiva que ningún poder hegemónico del mundo quiere indagar en serio, ni cuestionar en lo profundo. Cerca de ochocientos millones de personas, de los cuales tres-

cientos millones son niños, sufren hambre crónica y más del doble de esa cifra padece malnutrición. Más de la mitad de las muertes de niños menores de cinco años está provocada por la falta de alimentos o la malnutrición. Pero estas muertes no se producen por falta de recursos, no son atribuibles a “causas naturales”. Existen suficientes recursos para alimentar adecuadamente a toda la humanidad, ya que se produce de modo global el 150% de las necesidades proteínicas. Es una verdad escandalosa la afirmación de Jon Sobrino cuando dice que la pobreza es la forma de violencia más duradera y es también la violencia que se comete con mayor impunidad, pues si bien ante holocaustos, masacres y genocidios hay tribunales internacionales de justicia, no los hay, sin embargo, ante la crucifixión del continente latinoamericano o ante el expolio del continente africano. En un Congreso Eucarístico como éste y con el lema del “pan partido para la vida del mundo” es preciso concentrar nuestra atención en el signo sacramental del pan partido como lugar teológico por excelencia de la presencia real y dinámica del Señor Jesús entre nosotros y de su dinamismo espiritual que le llevó a la entrega de la vida de modo que los que creemos en él recibamos su mismo Espíritu y podamos encaminar nuestro mundo por los senderos de la justicia y del pan compartido. La Eucaristía es el sacramento del Reino de Dios, la conmemoración de la entrega de Jesús hasta la muerte y el anuncio de que el Resucitado ha inaugurado en el mundo la victoria definitiva sobre todo tipo de mal. La Iglesia conmemora permanentemente esa presencia viva del Señor que dinamiza nuestras vidas. Si no vivimos en ese dinamismo de partir el pan entre los más necesitados de nuestro mundo, recordemos que en la comparecencia ante el Hijo del Hombre todos oiremos: “...porque tuve hambre y no me disteis de comer”.

6. POR UN NUEVO ÉNFASIS DE LA “FRACCIÓN DEL PAN” EN LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

a. Breve mirada a la relativización progresiva de la “Fracción del Pan” en la liturgia

Teniendo en cuenta todo lo expuesto anteriormente creo que en una celebración de la Eucaristía que quiera ser expresiva del gran misterio que contiene, expresa y celebra no debería quedar el gesto de “partir el pan” que nos mandó realizar el mismo Señor –en el «haced *esto* en conmemoración mía» se incluye la fracción del pan– en un momento en que pasa casi desapercibido y sin realce alguno.

Un breve repaso a la historia de “la fracción del pan” en la liturgia nos muestra una pérdida progresiva de la significatividad del gesto³⁰:

- a) En su origen, como hemos visto, el gesto de partir el pan tuvo una gran fuerza como acción profética y simbólica de Jesús que anunciaba su muerte y resurrección, y hacía de la entrega del “pan partido” el memorial permanente de su cuerpo entregado a la muerte para por la salvación de todos. Por eso se le llamaba a la Eucaristía la «Fracción del pan». Como muestra de su importancia baste mencionar que en la *Didajé* (siglo I) se llamaba al “pan eucarístico” «fragmento» o «trozo» (IX, 4).
- b) En los primeros siglos, a la Plegaria eucarística seguía la fracción del pan, tal como dice el relato de la institución, y con el pan partido se hacía el Padrenuestro antes de la comunión, lo cual se conserva aún en la liturgia ambrosiana actual.
- c) Posteriormente San Gregorio Magno (+ 604) para resaltar el Padrenuestro y que éste estuviera lo más unido posible a la Plegaria Eucarística modificó la fracción del pan poniéndola después de la oración dominical.
- d) En el siglo VII “la fracción del pan” se destacaba todavía en la celebración eucarística. Por ello se hacía con gran riqueza de elementos rituales sobre todo en las liturgias galicana e hispana, donde los fragmentos del pan eucarístico se ponían en forma de cruz evocando los misterios de Cristo. En la liturgia romana se acompañaba con el canto del *Agnus Dei*, en la hispana acompañaba con un canto variable *Cantus ad confractionem*; en la ambrosiana se llama *Confractorium*. Hasta el s. XIII la fracción del pan mantiene su gran importancia. Es el momento en que se hacen habituales las hostias pequeñas para los fieles y la gente se acostumbra a comulgar fuera de la misa.
- e) La pérdida de significado del rito de la “fracción del pan” se manifiesta en el Misal Romano de 1474 y en el *Ordo missae* de Pío V. El celebrante parte solamente la hostia que él come totalmente, sin compartir con otros comulgantes.
- f) Tras el concilio Vaticano II el signo de la fracción ha empezado a revalorizarse. El Misal de Pablo VI, al describir la fracción del pan, gana en sacramentalidad y significación: «El celebrante toma el pan consagrado y lo parte sobre la patena» mientras el pueblo canta el *Agnus Dei*. En el capítulo VI de la «Institutio» del Misal aparecen estas afirmaciones: “La naturaleza misma del signo (del pan) exige que... se haga en tal forma que el sacerdote, en la misa celebrada con el pueblo, pueda realmente

30 Cf. X. BASURKO, *Compartir el pan. De la misa a la Eucaristía*, San Sebastián, Idatz, 1987, pp. 148ss.

partirlo en partes diversas y distribuir las, al menos a algunos fieles. No se excluyen con eso las hostias pequeñas, cuando así lo exige el número de los que van a recibir la sagrada comunión u otras razones pastorales. Pero el gesto de la fracción del pan, que era el que servía en los tiempos apostólicos para denominar la misma eucaristía, manifiesta mejor la fuerza y la importancia del signo de la unidad de todos en un solo pan y de la caridad, por el hecho de que un solo pan se distribuye entre hermanos”.

- g) Con la enorme fuerza evangelizadora de la Iglesia Católica tras el Concilio Vaticano II y a partir del retorno a las fuentes de la Sagrada Escritura en la vida, en la teología y en la liturgia de la Iglesia, creo que debemos seguir recuperando, para todas estas dimensiones de la existencia cristiana, elementos perdidos o descuidados de nuestra tradición enraizada en el Nuevo Testamento y particularmente en los Evangelios.

b. Propuestas para realzar el “partir el pan” en nuestra Iglesia

Con toda la humildad de quien sólo quiere servir a la Iglesia, pero queriendo proponer a la Iglesia con todo respeto senderos de una profunda renovación del valor sacramental del gesto eucarístico de “partir el pan”, permítanme hacer algunas propuestas. Obispos tiene la Iglesia y, gracias a Dios, prácticamente todos los Obispos de Bolivia están aquí presentes en el Congreso Eucarístico. Que ellos escuchen, reflexionen, estudien y decidan lo más conveniente para la Iglesia... Nosotros sólo somos meros servidores y hacemos con humildad lo que creemos que tenemos que hacer, a partir de una relectura actualizada, exegética, teológica, pastoral y misionera de los textos sobre la fracción del pan en el Nuevo Testamento. Las dos primeras afectan propiamente a la celebración litúrgica de la Eucaristía y van orientadas a resaltar la acción de “partir el pan” de manera más significativa. Una es de mínimos y la otra de máximos. La última se realiza en la celebración eucarística, pero tiene una orientación misionera en el ejercicio de la caridad cristiana que emana de la Eucaristía.

1) Realce de la Fracción del pan en la celebración Eucarística

Se trata de realzar el signo de “partir el pan” en toda celebración eucarística. Como mínimo habría que resaltarlo mucho más de lo que actualmente se hace. En el momento en que actualmente se realiza este gesto en el rito latino, la fracción del pan queda relegada a ser un rito del sacerdote, casi imperceptible por parte de la asamblea litúrgica. Su proximidad con el rito de la paz, que se realiza inmediatamente antes, hace que el saludo de la paz sea mucho más

destacado, pues se trata de un gesto en el que participan activamente todos los presentes en la asamblea. A ello contribuye también el canto litúrgico que habitualmente prolonga el rito de la paz. En la práctica se puede constatar que el actual rito de “la fracción del pan” pasa casi desapercibido para la mayoría de los participantes en la asamblea litúrgica. Por eso es conveniente, como mínimo, que se distinga muy bien del rito del saludo de la paz, que lo precede. En el caso de que ambos ritos sigan siendo consecutivos habría que delimitarlos muy bien, para que no se confundan ni se pierda la fuerza sacramental del gesto primordial del relato de la institución de la Eucaristía en todos los textos del Nuevo Testamento. Puede ayudar mucho el enseñar a la gente a cantar el canto del Agnus Dei cuando se empieza la fracción del pan y que, como está prescrito en el Misal Romano, el canto se prolongue mientras dure la fracción del pan.

2) Realizar la Fracción del Pan en dos momentos litúrgicos: La “Partición del pan” y la “Fragmentación del pan”

Una propuesta sencilla que puede tenerse en consideración para su maduración teológica, litúrgica y misionera es el desdoblamiento de la “Fractio Panis” de nuestra liturgia actual en dos momentos cercanos pero diferentes de la celebración eucarística, los cuales pueden contribuir a realzar la enorme fuerza simbólica de este primordial gesto eucarístico. Se puede hacer una primera “fracción del pan” como “partición del pan” durante el relato de la institución, y una segunda “fracción del pan” como “fragmentación del pan” en el momento de la liturgia actual, cuando el pueblo canta el Agnus Dei.

Tenemos en cuenta para ello, sobre todo, la distinción neotestamentaria entre el verbo griego κλάω, “partir” (Mt 14,19; Mt 15,36; Mt 26,26; Mc 8,6; Mc 8,19; Mc 14,22; Lc 22,9; Lc 24,30; Hch 2,46; Hch 20,7; Hch 20,11; Hch 27,35; 1Cor 10,16; Cor 11,24), y el verbo κατακλάω que aparece en dos ocasiones en el NT, también vinculado sólo con el pan en los relatos del reparto del pan en Mc 6,41 y Lc 9,16, con el significado de “trocear”, “fragmentar”. Esta fragmentación está descrita en los textos del milagro con el fin de poder saciar a la multitud hambrienta. Con ello se manifiesta el sentido funcional de partir el pan, troceándolo y fragmentándolo, para ser repartido y para que lo puedan comer todos los allí presentes.

De este modo se respeta sin alterar nada el orden de los ritos actuales. Sólo se incorpora el gesto de “partir el pan eucarístico”, rompiéndolo en dos pedazos en el momento de la consagración mientras se hace el relato de la institución. De los tres gestos eucarísticos presentes en todas las versiones (Mateo, Marcos, Lucas y Pablo) de la institución de la Eucaristía en el Nuevo Testamento (*tomar*,

benedicir/agradecer, partir) sólo se realizan actualmente dos en el momento de la consagración, el tomar y el bendecir, pero no el partir el pan. Introducir también en el relato el gesto de “partir el pan” permite ajustar mejor el rito litúrgico a los tres gestos transmitidos con unanimidad por la Palabra de Dios en los Evangelios y en Pablo. Además, la acción sencilla de partir en dos el pan puede contribuir a recuperar toda la fuerza expresiva de la fracción del pan como gesto visible que ayude a captar la enorme fuerza sacramental del signo primordial del misterio de la fe. Finalmente, esto contribuye a valorar la transformación del pan en pan partido y así expresar el dinamismo espiritual de la entrega de Cristo en el misterio pascual, donde Cristo está presente, muriendo y resucitando. Así, de la misma manera que el pan se toma y se agradece a Dios, el sacerdote, *in persona Christi*, parte el pan, como memorial de la pasión, muerte y resurrección del Señor, e inmediatamente dice las palabras eucarísticas “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo...”.

En un segundo momento, posteriormente, en la “*Fractio panis*” del rito latino y vinculado al canto o recitación del “*Agnus Dei*”, se sigue partiendo el pan y se realiza la fragmentación del mismo en muchos pedazos para ser compartido en la comunión. Para ello sería conveniente, sin duda, que se utilizara una hostia más grande, susceptible de ser partida en muchos fragmentos, previamente marcados para facilitar su ruptura (este tipo de hostia se utiliza ya en muchas Iglesias de los Estados Unidos de América). Con ello se destaca mucho más el signo de la unidad de todos los que comen de un mismo pan formando ellos un solo cuerpo, el de Cristo.

3) Avivar la *koinonía* eucarística mediante la ofrenda por los pobres

Una tercera propuesta, no menos importante desde mi punto de vista, es la de vincular la fracción del pan a la *koinonía* con los más pobres y necesitados, con los hambrientos y descartados de nuestro mundo. No puede haber Eucaristía sin *koinonía* con los pobres. Dos criterios pueden orientar esta comunión con los más pobres y necesitados. El primer criterio de esa comunión puede ser que la mitad de los bienes de la comunidad eucarística sea siempre para los pobres, y el segundo que se tenga en cuenta la apertura universal hacia los pobres de toda la tierra, hacia los de cerca y hacia los de lejos.

El primer criterio puede tener su fundamento en el texto de Is 58,7, del cual se desprende que el verdadero ayuno y el verdadero sacrificio que Dios quiere es “partir el pan con el hambriento”. Esto lo entendió muy bien el personaje Zaqueo, del evangelio de Lucas (Lc 19,1-10), que tras el encuentro con Jesús y en el contexto de una comida con el Señor, en la cual él experimenta la salvación, decide

dar la mitad de los bienes a los pobres. A partir de ese encuentro con Jesús se produce ya en el tiempo presente la auténtica salvación. La novedad evangélica, que no nace de ninguna norma previa, es lo que Zaqueo realiza al dar la mitad de los bienes a los pobres y al poner en práctica lo prescrito en Ex 21,37 acerca de lo robado y devolver cuatro veces más a los que ha estafado en su gestión económica. Ese comportamiento de cambio radical en la atención a los pobres tiene el mismo efecto que la fe. De igual modo que la fe conduce a la salvación al leproso y al ciego (Lc 17,19; 18,42), el cambio de rumbo en la consideración de los pobres como destinatarios de los bienes de que carecen también condujo a Zaqueo a la salvación. Y es que los pobres son lugar de salvación, ellos son lugar teológico por antonomasia. Esta orientación teológica constituye una dimensión esencial de la fe cristiana que está a la base de la “opción preferencial y evangélica por los pobres”, vigente en la iglesia actual y ratificada por los últimos papas, Juan Pablo II, Benedicto XVI y el papa Francisco y está llamada a ser un mensaje de salvación en el mundo actual y de transformación de las estructuras sociales e injustas de la tierra.

El segundo criterio de la universalidad en la generosidad del compartir comunitario deriva de la comprensión de la *koinonía* (κοινωνία), según la tradición paulina y lucana, que hemos visto anteriormente, así como de la proyección misionera universal contenida en los relatos del reparto del pan entre las multitudes, según las tradiciones evangélicas. Lucas nos dice que en el interior de la comunidad nadie pasaba necesidad y que lo tenían todo en común y en eso consiste la *κοινωνία* (cf. Hch 2,42-44; 4,32-35). Y Pablo concebía la *κοινωνία* como la solidaridad indiscutible con los pobres de la ciudad lejana de Jerusalén (cf. Rom 15,26; 1 Cor 8,4; 9,13). Si a eso añadimos la dimensión misionera de las narraciones del reparto del pan entre los necesitados, en las cuales Jesús implica al discipulado en dar de comer a la multitud hambrienta, sin hacer distinciones en la procedencia de la misma ni en el lugar en que el milagro se realiza, entonces percibimos el sentido universal y sin fronteras que en la ayuda a los pobres y necesitados la *κοινωνία* lleva consigo.

Por todo ello, se puede establecer que igual que en la Eucaristía se parte el pan, se parta también la “colecta” o “*κοινωνία*” de todas las misas, de modo que el 50% de la ofrenda recaudada en cada misa sea siempre para los pobres, los pobres de cerca y los pobres de lejos, y el otro 50% para las necesidades de la comunidad. De ese modo se redescubre el verdadero sentido de la comunión en un solo cuerpo. De los textos eucarísticos de 1Cor 10,16 y Hech 2,42.44, se desprende el sentido verdadero de comunión-koinonía en la unidad. Esta *koinonía* se realiza también en los relatos del reparto del pan entre la multitud. Del mismo modo entendemos el ayuno que Dios quiere como “partir tu pan con el hambriento”, del texto de Is 58,7.

EPÍLOGO

Para concluir de manera semejante a como he empezado esta exposición quiero recurrir de nuevo al arte. Empecé con la música, pero quiero concluir con la pintura de un autor latinoamericano, de Ecuador, Eduardo Kingman, del siglo XX, que nos dejó un cuadro potentísimo sobre Cristo, un Cristo al que podemos ponerle diversos calificativos, entre otros el de “Eucarístico”.



Este Cristo es el boceto de un retablo que nunca llegó a realizarse así. El artista de las manos expresivas ha realizado esta imagen de Cristo, consiguiendo verdaderamente dar expresión al misterio insondable de Cristo y recopilando en una pintura los aspectos esenciales del credo cristológico patentes en el misterio eucarístico.

En primer lugar, se trata de un Cristo encarnado en esta historia humana de dolor y de sufrimiento. Cristo es solidario y misericordioso con el dolor de sus hermanos, que queda asumido e incorporado para siempre a su propio cuerpo. Es el Cristo de la pasión que por amor a los suyos, se hace como sus hermanos los hombres, los ama y los abraza, integrándolos mediante su Pasión en el movimiento ascendente hacia Dios Padre, que pasa por la cruz.

Pero aquí no hay cruz sino un crucificado. Es el Cuerpo de Cristo el que forma la cruz y ese cuerpo tiene un dinamismo extraordinario de amor apasionado hacia sus hermanos. Cristo es levantado en alto: «*Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*» (Jn 12,32)³¹. Y en ese movimiento ascendente Cristo lleva consigo a los hombres hacia el Padre. Al mismo tiempo sus manos están puestas sobre el pecho, sobre el corazón reflejando que el amor que se desvive por los demás es el amor que impulsa a entregar la vida totalmente, aunque el corazón se rompa, como se parte el pan. Pero Cristo es el protagonista amoroso de esa entrega.

Esa entrega no acaba en la muerte, sino que se proyecta hacia Dios y hacia la vida, de modo que es ya un resucitado. El Resucitado comunica su fuerza y su vida a los hermanos para que también entren en comunión con Dios. El pan partido es el Cristo del Misterio Pascual: muriendo y resucitando. Todos estos aspectos son eucarísticos. Como el pan es partido así también este cuerpo es partido: “Esto es mi cuerpo entregándose por vosotros”.



31 Cf. el excelente trabajo sobre este tema realizado por L. PEÑA CASTRO, «*Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*» (Jn12,32). *La exaltación de Cristo desde la cruz y su valor salvífico universal*, Tesis presentada en el Seminario Mayor San Lorenzo, de Santa Cruz de la Sierra, 2012, 69 págs.